

ILUSTRACION

DE

Á L A V A

DIRECTOR

D. FERMIN HERRAN

Escritores

ARANA, ARZADUN, BECERRO DE BENGUA, BUYLLA,
CAYUELA PELLIZARI, CAMPION, CASTELAR, CLARIN, CONTAMINE
DE LATOUR, DIAZ, ELÍO, ESCRICH Y MIEG, ESPERANZA Y SOLA, HERMUA,
HERRAN, J. A., MADINAVEITIA, MARIEN-BEN-AYUN, PASCUAL
LOPEZ, POŞADA, PRADA, SALVÁ, SANGRADOR,
TRUEBA, UNAMUNO, DIAZ, ETC. ETC.



TOMO VIII

ENERO, FEBRERO, MARZO, ABRIL, MAYO Y JUNIO

1889



IMPRESA, DIRECCION Y ADMINISTRACION

CERCAS ALTAS Y BAJAS NÚMEROS 21 Y 32

VITORIA

ESCRITORES

- | | |
|--------------------------------------|-------------------------------------|
| D. Sebastian <i>Abreu.</i> | D. Manuel <i>Iradier.</i> |
| » Samuel <i>Agrelo.</i> | » Nicasio <i>Lacalle.</i> |
| » Bernardo <i>Acha.</i> | » Vicente <i>Landázuri.</i> |
| » Mariano <i>Amador.</i> | » Pedro <i>Larrinoa.</i> |
| » Julian <i>Apraiz.</i> | » Ramon <i>Lanz.</i> |
| » Odon <i>Apraiz.</i> | » Simon <i>López.</i> |
| » Ramon <i>Apraiz.</i> | » Aniceto <i>Llorente.</i> |
| » Julian <i>Arbulo.</i> | » Sixto <i>Mario Soto.</i> |
| » Martin <i>Arroyo.</i> | » Agustín <i>Moreno.</i> |
| » Juan <i>Arzadun.</i> | » Herminio <i>Madinaveitia.</i> |
| » Eugenio <i>Atauri.</i> | » Ramon <i>Ortiz de Zárate</i> |
| » Gabriel Mz. de <i>Aragon.</i> | » Antonio <i>Pombo.</i> |
| » Manuel <i>Balugera.</i> | » José <i>Ramirez de la Piscina</i> |
| » Federico <i>Baráibar.</i> | » Antonio <i>Revenga.</i> |
| » Ricardo <i>Becerro de Bengoa.</i> | » Vicente <i>Revest.</i> |
| » Marcial del <i>Busto.</i> | » José <i>Roure.</i> |
| » José <i>Colá y Goiti.</i> | » Pedro <i>Saleta.</i> |
| » Félix <i>Eseverri.</i> | « Alejandro <i>Sangrador.</i> |
| » Modesto <i>Martinez Escauriaza</i> | » Gregorio <i>Santibañez.</i> |
| » Joaquin <i>Gabarda.</i> | » Eulogio <i>Serdan.</i> |
| » A. de la <i>Guardia.</i> | » Luis <i>Terán.</i> |
| » Ruperto <i>Gimenez.</i> | » Eduardo <i>Velasco.</i> |
| » Joaquin <i>Herran.</i> | » Ladislao <i>Velasco.</i> |
| » Juan José <i>Herran.</i> | » José María de <i>Zavala.</i> |
| » Jacinto <i>Hermua.</i> | » Tomás de la <i>Concha.</i> |
| » Laureano <i>Irazazabal.</i> | » Victor de <i>Velasco.</i> |
-



ÍNDICE

TOMO VIII

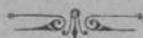
PRIMER SEMESTRE—1889

AUTORES.	MATERIAS.	PÁGINAS.
<i>Arana (Vicente de).</i> —Cajon de Sastre.		316 y 354
La Cancion.		475
<i>Arzadun (Juan).</i> —La Muñeca, (traduccion.)		33
<i>B.</i> —Revista de revistas.		136
<i>Becerro de Bengoa (Ricardo).</i> —En Madrid.		1
D. Ramon Ortiz de Zárate.		67
Antonio de Trueba.		271 y 308
Album de la Revista.		355, 395 y 430
<i>Buylla (Adolfo A.).</i> —Nota sobre la influencia del positivismo en el concepto y método de la ciencia económica.		246
<i>Cayuela Pellizari (Arturo).</i> —El Arte musical en nuestra pátria.		77
El mal que deploramos.		195
<i>Campion (Arturo).</i> —Datos históricos referentes al Reino de Navarra.		101
<i>Castelar (Emilio).</i> —Reflexiones y recuerdos.		7
El Marqués de Urquijo.		380
<i>Clarín.</i> —El desdén con el desdén.		161
Del estilo en la novela.		321
Revista Minima.		469
<i>Contamine de Latour (Emmanuel).</i> —La literatura francesa.		199
<i>Diaz (Eulogio).</i> —Una excursion de Bruselas A Gante.		121
Academia de Bellas artes de Bruselas.		241 y 463
<i>Diaz (Luis).</i> —Revista de Revistas.		453
<i>Elío (Guillermo).</i> —La historia de un amigo.		21
Africa en el siglo XIX.		108, 182 y 257

AUTORES.	MATERIAS.	PÁGINAS.
<i>Esrich y Mieg (Tomás).</i>	Reforma de la ortografía castellana.	149 y 213
<i>Esperanza y Sola (J. M).</i>	Navarros ilustres.	
—D. Hilarion Eslava.		114
<i>Hermua (J).</i>	¡Nochebuena!	476
<i>Herran (Fermin).</i>	Al Público.	478
<i>J. A.</i>	Biografías.—D. Vicente de Arana.	159, 189, 234, 301
<i>Madinaveitia (Herminio).</i>	Los reyes Magos.	29
<i>Marien ben-Ayun.</i>	El que á hierro mata...	55
	Mensajes á Castelar.	418
<i>Pascual López.</i>	Crónica local.	37
<i>Posada (Adolfo).</i>	Las Constituciones modernas y el Estado.	41
	Reformas en la enseñanza del Derecho.	129, 281, 361, 401, 441
	El libro del Sr. Hostos sobre derecho constitucional.	171 y 336
<i>Prada (David).</i>	Un choque en camino de hierro.	90, 140 y 201
<i>Salvá (Anselmo).</i>	Valladolid en 1.º de Enero de 1889.	16
<i>Sangrador (Alejandro).</i>	Origen y progresos del periodismo en los pueblos latinos.	81
	Flaquezas de los hombres célebres.	222
<i>Trueba (Antonio).</i>	A la torre de Lóizaga.	318
<i>Unamuno (Miguel).</i>	Solitaña.	238
	Documento importantísimo.	459

GRABADOS.

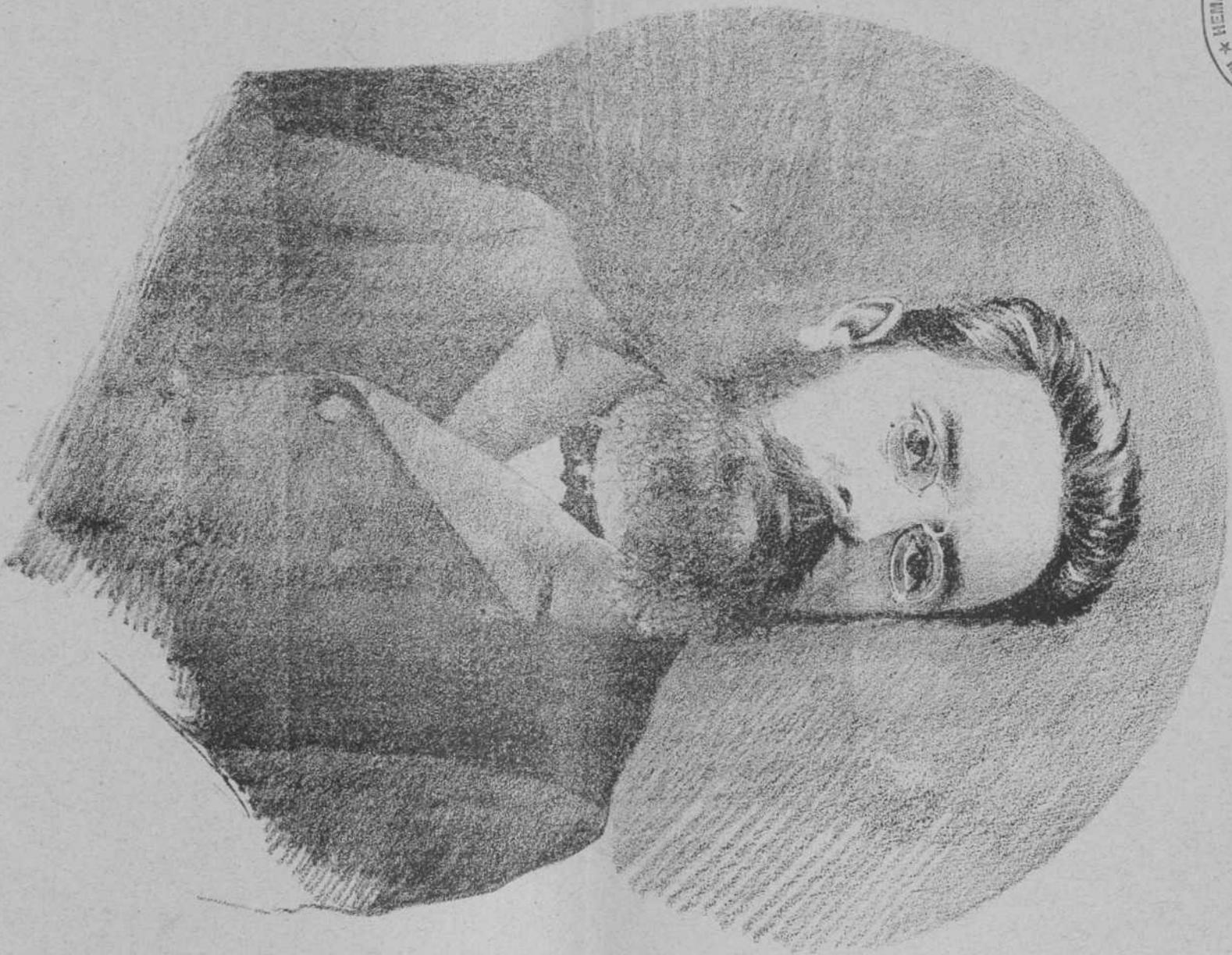
<i>Diaz (Ignacio).</i>	Vicente de Arana.	158-159
	Ricardo Becerro de Bengoa.	1



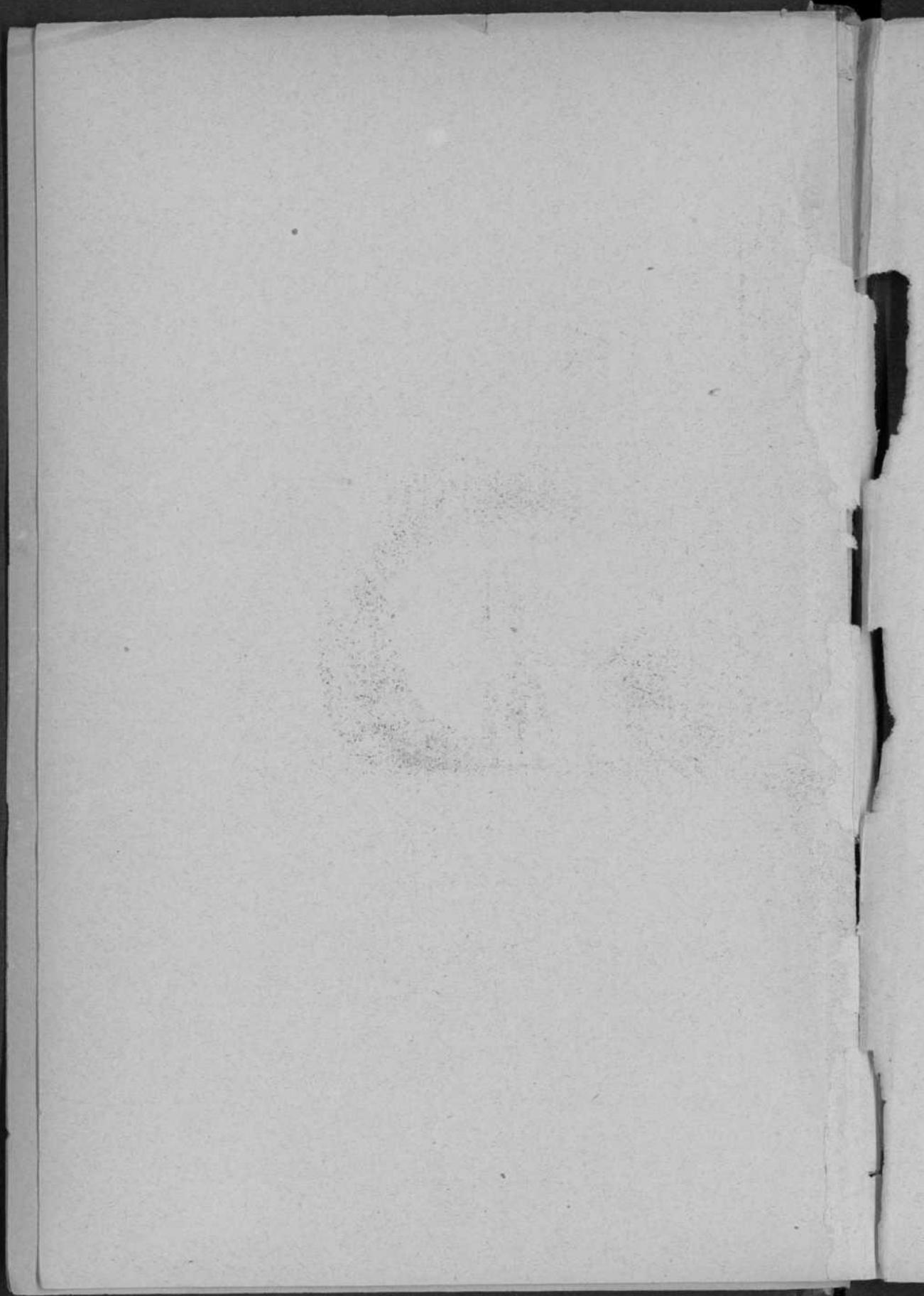


HEMEROTECA
MUNICIPAL

MADRID

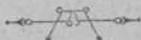


D. Ricardo Becerro de Bengoa.





En Madrid.



A poco á poco ataviándose á la moda de la civilizacion cosmopolita no Madrid entero, sino el corazón, el centro, la sala de honor de la capital de España, que no son otra cosa las calles y cruceros de la córte, tan poco distantes entre sí, como lejanas están del Madrid prosáico, rústico y sucio, es decir, de la mayor parte de los barrios y de la totalidad de los alrededores, á los cuales no llegará aquel atavío nunca.

La luz eléctrica carísima hoy, á fuerza de consumir hulla, resplandece límpida y clara ante los aparadores de los grandes comercios, en los cafés, en los teatros y en la calle del Príncipe. El entarugado cómodo y suave, pavimenta con su negra, embreada superficie aquella vía y las del Arenal y el Barquillo, y sobre él se deslizan sin ruido alguno, todo género de carruajes, de cuyo paso nadie se daría cuenta no mirándolos, á no ser por el seco y rítmico compás que en su marcha ó trote forman los golpes de los herrados cascos de las caballerías que los arrastran.

Cuando de la calle alumbrada por la corriente eléctrica se pasa súbito á aquellas en que arde el gas se vé á media luz, que hemos vivido hasta ahora casi á oscuras; y cuando los

vehículos en su variado rodage, dejan el entarugado, para rozar y chocar con los adoquines graníticos, se siente la prueba de que hasta aquí nos ha atormentado ese estruendo infernal é indescriptible, terror y azote de los forasteros, que es uno de los más característicos azotes á que está sujeto el vecindario madrileño.

Aquel bíblico ideal de los pueblos modestos, que hallan patriarcal felicidad en pasar las noches á oscuras y sin ruido alguno: «sin luz y sin moscas,» se vá á convertir aquí en una maravilla mixta, al poderlas disfrutar con mucha luz y con escaso ruido.

Sin embargo, los resplandores del arco voltaico tardarán mucho tiempo en invadir las múltiples y sinuosas calles del centro de la córte, por razones económicas; y el entarugado habrá de limitarse á aquellas cuya superficie es horizontal, ó poco ménos, cuyo número no es muy grande en esta villa, asentada sobre los montones de arena que forman el declive de la orilla izquierda del melancólico Manzanares.

Tenemos pues gas y adoquines para rato.

Y no sería del todo malo, ni mucho ménos, el que cada farol y cada pedrusco, que desaparecen del centro de la población, fueran á cumplir su humanitario servicio, á los barrios del perímetro; porque por allá la claridad y el barro se desarrollan en razon inversa, y es más peligroso para la salud, de día, y para la salud y la bolsa, de noche, el andar por ellos que por los tradicionales vericuetos de Sierra Morena.

Grande conquista ha de ser la que resulte de la invasion en las casas, de aquellos civilizadores elementos: la luz eléctrica y la madera.

Aquella ha de matar al gas nauseabundo, petardista y antiestético por sus tuberías, que hoy impera en los sitios públicos y que llega hasta donde llegan los criados en el hogar doméstico; al petróleo grasiento, fétido y homicida, que empapa las mechas de todos los quinqués aristocráticos y democráticos, y á la suave y pulimentada estearina, reservada para los gabinetes y despachos elegantes. Los hilos conductores, escondiéndose entre las molduras y recuadros llegarán á las lámparas, para encender la entrelazada fibra de carbon, que alumbra y deslumbra á un tiempo, y que están siendo adorno para el brazo liso de un pasillo, como para la régia araña del salon. La madera, el entarimado, higiénico, limpio y de buen tono sustituirá al ladrillo marroquí y al baldosin pretencioso, mejor pulido pero tan plebeyo y malsano como aquel. Mas, ¿quién ha de gozar de estos progresos?

El Ayuntamiento de Madrid, pobre, como es, á pesar de las minas que tiene en sus felatos, no puede estender esos progresos por las calles. El vecino de la córte, pobre en general,

no soporta el pago que exigirían los caseros, si tales reformas se plantearan en las casas.

La luz eléctrica necesita quemar mucho carbon de piedra, de que aquí no disponemos, porque nuestros criaderos apenas se han empezado á explotar en grande. El entarimado exige abundantes existencias de arbolado, que tampoco tenemos, porque lo hemos arrasado casi todo.

Hay que aguardar pues, á que la ciencia pueda utilizar los saltos de agua de nuestras cordilleras ó la fuerza motriz del viento en las mismas, y á que sus cumbres y vertientes se pueblen de pinos y otras especies arbóreas. Hay que aguardar, sí, porque el equivalente, de esas económicas fuerzas, el dinero, no parece por ninguna parte.

Pasad por delante de los escaparates de las casas de cambio. Allí hay algunas monedas de oro, extranjeras en su mayor parte, que los transeuntes contemplan con más avidez y curiosidad que los manjares de Lardhy ó de Pecastaing. Enseñad en una reunion un *centen* de los viejos ó de los nuevos y vereis como se agrupan á admirarlo cual si se tratara de una cosa nunca vista. De las peluconas de Cárlos III se oyé hablar con la misma incredulidad que del tesoro de Troya. La cursi moneda de plata, que pasa por valer cinco pesetas, y que no tiene cuatro de valor, circula buscada por todo el vecindario; y el mugriento billete, mil veces untado de saliva por los dedos de los contantes, es hoy el símbolo de la riqueza, de los capitalistas y personas de pró, porque el de la generosidad de las gentes ha llegado á ser el *perro chico*.

La carencia de dinero, de negocios y de compras y ventas es grande en Madrid. Así lo repiten hoy cuantos viven del comercio. En todas las calles céntricas veis, sobre los cerrados aparadores metálicos, las esquelas de defuncion mercantil que dicen: «Cerrado por reforma»; «Trasladado á la cuesta de Gilimón»; «Se traspasa ó se cede». «Liquidacion verdad» etc., etc.

Y cuanto más suntuoso y rico era ayer el establecimiento mayor es hoy la ruina.

Aquellas hermosas exposiciones de objetos de capricho, donde, en artística confusion se veían porcelanas miniadas y esmaltadas; tapices bordados, mármoles artísticos, bronce suntuosos, panoplias arrogantes, lunas venecianas, muebles opulentos, chucherías cuajadas de oropel y de perlas de vidrio, reproducciones del arte antiguo y fantasias sorprendentes del moderno, cuyo brillo, colores y riqueza fulgaraban en mágico laberinto ante las ráfagas de luz reflejada por los reverberos ó por las bruñidas pantallas, aquellos museos que deslumbraban á los curiosos, se van cerrando poco á poco «por reforma ó por liquidacion verdad». Lo verdadero del

caso es, que su clausura obedece á la reforma que los compradores han hecho en sus gustos y gastos al convencerse de que en la liquidacion doméstica, se encuentran á fin de mes sin una peseta. Aquellas joyerías, que surgían de un día á otro, como si en los aparadores hubiera llovido oro y brillantes, esparciendo sobre las artísticas sinuosidades del terciopelo azul, brazaletes, diademas, collares, peines, cronómetros, sortijas y aderezos del mas irreprochable gusto, se han ido oscureciendo y escapando unas tras otras, con rumbo desconocido. A los bazares afamados solo acuden los forasteros que compran algo, y los desocupados que no compran nada. El número de los primeros tambien se ha reducido mucho, porque la escasez de metálico es general, y nadie quiere ya salir de su casa á gastar dinero, sino á dar con él, si acaso se averigua por donde anda.

Solo en los cafés y en los teatros abunda la gente, como siempre; porque para mucha de ella no es difícil acaparar dos reales diarios, con los cuales darse tono, aunque no se haya probado en casa cosa caliente, ó aunque los que en ella se quedan ayunen mas de lo debido. El arte escénico homeopático de á real y medio por hora, es ya un vicio para muchas personas, que no pueden pasar el día sin un rato de esparcimiento espiritual, ó sin acudir al teatro en el que suele encontrarse lo que menos se piensa, bueno ó mediano ó malo, aquí donde todo se aprovecha.

Tambien las tabernas, con perdón sea dicho, prosperan en Madrid, en medio de este aplanamiento económico. Sus fachadas son hoy las mas artísticas de todos los comercios, sus taburetes los más concurridos; su atmósfera la más cargada, sus ganancias las más grandes, sus cofrades los más típicos del vecindario madrileño y sus víctimas las más numerosas de la estadística sangrienta. Antes abundaban en los barrios apartados; hoy han invadido todas las avenidas de la Puerta del Sol. ¿Porqué ganan tanto los taberneros? Porque se bebe mucho y caro. ¿Qué se bebe? Problema es este imposible de resolver, dada la habilidad de los expendedores y la resistencia de las tragaderas de los consumidores. Aquí no hay necesidad de enseñar el «vinage, monillage, compage y soufrage», el tabernero sabe hacer con un duro, cinco, y todo lo demás no le importa al bebedor ni al investigador.

Las siete décimas partes de los habitantes de Madrid comen poco y toman, en cambio, mucho vino y bastante café, amen de algun licor. La estadística proporcional de la poblacion madrileña es la que dá mayor número de defunciones de todas las capitales de Europa. No matan los aires frios del Guadarrama, ni las epidemias, ni las catástrofes de la navaja ó de otros actos violentos; mata lentamente la debilidad orgánica,

que lleva en su sangre y en sus músculos el que come poco, el que se alcoholiza, el que excita sus nervios con el abuso del café y con otros abusos, que aquí pululan por todas partes, bastante bien vestidos. Entre lo que se come hay mucho que daña, en vez de nutrir. Se vive al día, con poco dinero, sin pensar en el mañana. Cuando mañana vienen el apuro y la necesidad, la naturaleza no resiste sus rudos embates, ni el bolsillo tampoco y se apaga rápida la mísera lucecilla, que arde en aquel cuerpo escualido, anguloso, mediano en el desarrollo, caído de color, zurcido por los rasguños de diversas dolencias, gastado antes de tiempo, apenas nutrido, engañado por las ilusiones, no sostenido por la fé, por la instrucción, ni por ninguna idea de ancha base y consumido y ajado por el ardiente soplo de las pasiones.

Cuando se puede comer carne abundante y beber puro tinto de la ribera, entonces ¡ancha Castilla!; ni el café tiene tantos atractivos, ni el amor se relaciona tanto con la imaginación y con los nervios. El hombre resulta un poco más animal, pero... vive más y mejor; la raza es otra y puede transmitir á sus hijos forma, salud y fuerza muy distintas de las que caracterizan á estos descoloridos, filiformes y penetrantes chiquillos y señoritos que por aquí circulan.

Vivimos pues, tan necesitados en lo fisiológico como en lo metálico, y ¡nuevo vice-versa, propio de nuestro país!, aquí donde escasea el dinero, la Bolsa, es decir, el circo donde juegan, saltan y hacen maravillas los capitales, el arca donde se custodian, levanta para sí un monumental edificio, que, después del Palacio real, será él primero de los que aquí existen. Este templo, dedicado á la idolatría del oro, ha venido á alzarse en el solar de una de las casas más antiguas de la nobleza española, como indicando, que allí donde antes imponían sus timbres los señores, porque la nobleza de la sangre era la señora del mundo, hoy los imponen los tenedores de papel, que en las clases de los arcos han esculpido el alado caduceo de los comerciantes. Y en otro de los primeros solares de Madrid, otra sociedad acumuladora de dinero, especie de lotería de la muerte, *La Equitativa*, construye admirable palacio-hotel-banca, inscribiendo en todas partes largas cifras de millones de duros.

El público pobre contempla encogiéndose de hombros cómo suben y suben las líneas de sillares de ambos edificios y cómo se coronan con artísticos capiteles las columnas de mármol de uno, y como se sustentan con ménsulas que son cabezas de elefantes las repisas del otro, sospechando si será pura ilusión y fantasía eso de construir tan grandes palacios para honrar al dinero, para multiplicarlo y para repetirlo, cuando resulta que este vá convirtiéndose poco á poco en un mito, y que to-

do el que hay en Madrid bien puede encerrarse en una de las garitas del resguardo. Pero, por lo mismo que el dinero escasea vale cada vez más; y así se comprende que los que no tienen lo guarden y atiendan á su reproduccion en estos suntuosos edificios, y lo ensalcen en la cotizacion de la bolsa á precios inverosímiles, como los que tiene hace dos años, á 73 y 74 por 100, cuando todas las demás riquezas valen tan poco, que por no quererlas nadie, andan casi por los suelos.

El ministro de Hacienda al recibir su herencia de su antecesor se ha horrorizado ante el vacío que le rodea y ha dado orden de reducir los gastos de todos los ministerios. Vamos á entrar en una cuaresma nacional, que impondrá el ayuno á muchas gentes, porque no es posible seguir viviendo sinó se acorta la racion. Con tales augurios empieza y termina la crónica de los sucesos de Madrid.

¿Qué ocurre de notable? Nada. Ante la dificultad de la vida y la falta de numerario todo acontecimiento grande ó pequeño resulta ser una friolera. Ante la carestía del dinero los artículos de curiosidad han sufrido una gran depreciación; y ya no hay por aquí más que políticos de á real y medio; comedias de á perro grande; fiestas gratis en mitad de la calle, patronas sin principio y pretendientes sin fin.

El pensar en escribir crónicas interesantes de Madrid es hoy una tontería. Despues de relatar cuanto pasa en la coronada villa nos encontraríamos con que habríamos hecho el inventario de un puesto de quincalla y morralla de la plaza Mayor. No caigamos en semejante tentacion.

R. BECERRO DE BENGUA.





REFLEXIONES Y RECUERDOS.



Parece á primera vista que el sentimiento más vivo en nosotros debiera ser el sentimiento de la naturaleza. Parece que todo cuanto nos circunda debía despertar en el pecho emociones y en la mente ideas, las cuales se lanzáran sobre las cosas externas á extraer su quinta esencia, de la misma suerte que se lanzan sobre las flores las abejas á extraer su miel. La poesia, como la elocuencia, es la idea vivamente sentida y expresada con hermosura. No basta para ser poeta tener ideas, pues tambien las tiene el sábio, el naturalista, el matemático; se necesita tenerlas en el corazón, es decir, sentirlas con esa profundidad del sentimiento artístico en que refluyen los sentimientos generales humanos, y encarnarlas en formas bellisimas y próximas al ideal de toda perfeccion. Hay muchos séres humanos, muchísimos, que no sienten la naturaleza, que no se extasian en la contemplacion de los cielos, que no se recrean con la voz de los mares, que no gozan con los cuadros trazados por la luz y las sombras en los crepúsculos que no admiran la palmera elevándose sobre los granados y los naranjales en horizontes encendidos por el calor, ni el lago medio envuelto entre neblinas, repitiendo al pié de los Alpes las diamantinas crestas de nieve, y los negros pinos y abetos y abedules de sus tranquilas orillas. Siempre recordaré una tarde en que contemplábamos la puesta del sol allá por los alrededores de Ginebra. Caían las sombras sobre la oscura ciudad con magestuosa tristeza.

El lemán, semejante á una miniatura del mar, reverberaba en sus aguas los últimos resplandores del día, llenos de reflejos que parecen religiosos, porque despiertan con su tristeza la idea religiosa por excelencia, la idea de la muerte. Las sombras ennegrecían todo aquello que es sombrío de suyo, como los bosques, y no acertaban á envolver los edificios cuyas líneas tomaban en el suelo cierta transparencia, semejante á la que toman las doradas y argentadas nubes sobre el ocaso. A nuestra derecha, la uniforme cordillera del Jura, tras la cual se había ocultado el sol, ofrecía por su color celeste toques dignos de los venecianos cristales, y á nuestra izquierda, cuando ya la noche avanzaba por lo profundo, allá en las alturas, resplandecían las cimas del Monte-Blanco y sus nieves eternas con arboles que, ora se extremaban hasta llegar á la encendida púrpura, ora se desvanecían hasta perderse en tintas rosas, como si fuera la montaña gigantesco astro de varios y cambiantes aspectos. Todos estábamos extasiados á la puerta de una cabaña alpestre, donde oíamos la esquila del ganado recordándonos los idilios, y la campana de la oración recordándonos las tragedias de esta vida. Todos estábamos extasiados he dicho, y he dicho mal, todos menos uno, que ni veía ni oía nada de cuanto veíamos y oíamos los demás, atribuyendo, cual si estuviera ciego los espectáculos que sus ojos debían ver con toda claridad, á creaciones arbitrarias de nuestra fantasía.

Pero ¿cómo hablar de individuos, cuando tenemos épocas enteras en que el sentimiento de la naturaleza ó se pierde ó se pervierte? Imposible olvidar aquellos cuadros gigantescos y aquellos frescos esculturales en que solamente se ven las líneas de la forma humana, como si la humanidad viviera en los espacios desiertos. Imposible olvidar aquellos poemas en que se sustituye á la naturaleza viviente, la naturaleza poblada de una mitología, cuyas fábulas, habiendo desaparecido de la fé universal, no tienen ni realidad ni vida. El ingenio humano cegaba así una fuente perenne de ideas y de emociones bellísimas. El ingenio humano se iba en pos de lo artificioso, y á la manera de un mal pintor, copiaba el maniquí de su estudio, el maniquí de trapos, en vez de abrazar la eterna realidad y anegarse en sus océanos de vida. ¡Cuan horrible sería, de poderse realizar, aquel bosque soñado por uno de los poetas mayores del siglo décimo-sexto en que los troncos de los árboles se componen de humanos cuerpos! A esa obra del arte que debiera superar la naturaleza, preferirá el sentido común los altos árboles mecidos por el viento, la resina y la goma que por los troncos fluye, el recorte de las hojas festoneadas de luz y repetidas y dibujadas por las sombras en el mullido suelo; la monótona vibración y los brillantísimos cambiantes de los zambadores y de los pintados insectos; el serpentear y el correr de las aguas entre las frescas yerbas; los aromas y las esencias de verdadero bosque.

Pero no extrañemos los seculares errores de esta pobre humanidad, que anda á tientas por el universo, como si anduviera á oscuras. ¿Cuántos siglos no pasó buscando la base de la ciencia en todas partes, menos donde realmente estaba, menos en lo interior de su ser, menos en la conciencia? No debe extrañarnos pues, que el arte haya desconocido la naturaleza, cuando el hombre ha desconocido al hombre.

Y sin embargo, nada hay tan hermoso como la primera luz desvaneciendo las sombras, quebrando sus rayos en la atmósfera, produciendo alboradas y auroras, del color de los ópalos, que despiertan á todos los séres y arrancan su coro de gorgoros á los pájaros que se levantan hacia las alturas animadas de purísimas esperanzas y somrosadas ilusiones, como el alma y las megillas de una virgen á quien conmueve y sonroja el pudoroso rubor de los primeros amores. Y no quiero encarecer la salida del sol con todos sus arboles reflejados en las gotas de rocío que tiemblan por las hojas de la fresca yerba, ni la noche cargada de estrellas; ni los reflejos de las auroras boreales semejantes á incendios de los aires; ni las varias formas de las nubes errantes; ni la extensión del mar azul con sus ondas que palpitan, con sus espumas que hierven, con sus estelas que brillan, como si fueran gérmenes de mundos, con sus algas y sus caracoles que embellecen las orillas, con sus brisas que cantan como la sublime voz de lo infinito.

No me habléis de aquellas edades en que apenas sentía el alma humana los encantos de la naturaleza. No me habléis de aquel misticismo que ha divorciado al hombre de la creación y que ha hecho del terruño, donde debía brotar la raíz de la personalidad, el áncora de la tiranía y el título de la servidumbre. No me habléis de aquellas esculturas cuyos cuerpos rígidos parecen cadáveres; de aquellas crónicas en las cuales se registran con tanta indiferencia los fenómenos mas interesantes del mundo físico, y de aquellos terrores que oían la trompeta del juicio final, resonando en las alturas, y á través del centelleo de los astros descubrían la total ruina y el desquiciamiento de la máquina celeste, y bajo las formas de la hermosura femenina el hedor de los cadáveres unido á la fealdad de los esqueletos, y por todo residuo de este universo donde brillan y suenan en sus eclipses celestes tantos astros, un monton de cenizas disipados por el soplo de los ángeles exterminadores á quienes la cólera de Dios enviaba con cometas por espadas, con sus cabelleras de fuego, con sus hálitos de muerte sobre la tierra, ennegrecida por la culpa y ni siquiera rescatada por la pasión de Jesucristo y el pródigo amor de nuestro eterno Padre. ¡Cuanto prefiero aquellas edades en que vivíamos contentos con nuestras relaciones entre el espíritu y la naturaleza; sin esa desproporcion de la forma con la idea que hoy nos acongoja; sin la tristeza interior que á todas partes llevamos; viendo en cada recodo del camino, sobre las colinas sombreadas de mirtos y en los

hondos valles cubiertos de adelfas, al borde de los arroyos y á la orilla de los mares, en el rizado de las ondas y en la sombra de los árboles, entre las nieblas que coronaban las cimas de los montes y las gotas de rocío que temblaban en los pétalos de las flores, la forma humana, dibujándose perfectamente con la hermosura propia de los dioses, la ninfa en el arroyo, la náyade en el río, la sirena en el mar, la vacante en los ubérrimos campos, los faunos entre las hojas, los silvios en los bosques, el dios Pan con su caramillo por los oteros, componiendo un coro inmortal, como si todas las cosas tuvieran sus respectivas almas, y todas las almas exhalaban armoniosos y no aprendidos cantares en aquellas fiestas animadas por un regocijo universal!

Entonces todas las estaciones parecían bellas. ¿Como no habia de serlo, por ejemplo, el otoño? Ya oigo murmurar á algun descontentadizo que nos empeñamos en poetizar lo feo y que preferimos la estacion de las nieblas y de las lluvias á la estacion de las flores.

No ciertamente. Parécenos bellísima la primavera en que la savia hincha las yervas, las hojillas brotan, la flor campea, las aves enamoradas cantan, los nidos penden de las ramas llenas con esperanzas de vida, el cielo se embellece por los crecimientos del día y la tierra entera se orna de sus mas bellas preseas, semejándose á la juventud y al amor, esos paraísos de la vida. Yo digo de las estaciones de la tierra lo mismo que digo de las edades del hombre. Todas tienen su belleza. Cuando estamos en la madurez de la vida, cuando nos dirigimos á la ancianidad, solemos dolernos de nuestros años, presentir próximos achaques y deplorar la juventud perdida.

Pero si nos dijeran que volviéramos á comenzar nuestro camino, de seguro nos resistiríamos con resistencia invencible. No deseáramos la vuelta á los tiempos en que balbuceábamos la lengua; y no comprendíamos la vida; y nos formábamos ilusiones desmentidas luego por el tiempo; y pasábamos las enfermedades propias de la juventud del cuerpo y las pasiones propias de la juventud del alma; y nos perdíamos en sueños, ambiciones, combates, amores, juegos, esperanzas que habian de evaporarse y desvanecerse sin dejar trás sí ningun rastro, malogrando una parte considerable de nuestro tiempo fingiendo fantasmas tan hermosos, pero tan vanos como las pintadas y fugaces mariposas.

Si la estacion de las flores tiene su hermosura, también la tiene la estacion de los frutos. ¿Qué seria de nosotros sino pasara la naturaleza del florecimiento y de sus aromas y de sus pintados colores? Nos pareceríamos á aquellos viajeros el apólogo indio que pasaron por un campo de arroz y de trigo, y lo menospreciaron creyendole baladí, para detenerse y pararse ante un campo de rosas y de azucenas, á fin de aguardar allí los frutos ofrecidos por tan bellas flores. El fruto es en la naturaleza como la consecuencia en lógica, como la idea concreta en metafísica. La estacion



próvida y providencial por excelencia, es la estación en que se siembra el grano y se cosecha el vino; en que las frutas más sabrosas y más necesarias penden de los árboles despojados de flores y próximos á perder sus hojas. Por la armonía que hay entre la vida del hombre y la vida de la naturaleza, parécese á esa edad de la madurez de nuestra existencia en que las pasiones se dejan guiar por la voz de la razón, y los actos por la voz de la conciencia, y las ideas toman cierta armonía, y las facultades todas cierto equilibrio, teniendo aun nuestro ser de la juventud la robustez con la hermosura, y de la ancianidad esa magestad que dan los años, y que tan profundo respeto inspira por las indelebles sanciones del tiempo y por sus larguísimas y solemnes experiencias.

Es verdad. El otoño parece á primera vista muy triste. Los días se acortan. Crecen las noches con grande crecimiento. El cielo se empaña, porqué el desequilibrio entre el aire enfriado por las largas tinieblas y las tierras encendidas por los calores del estío, trae las lluvias. Comienza á coronarse la alta montaña de nieves, semejantes á las primeras canas, y los valles á cubrirse de hojas secas, semejantes á ilusiones muertas. La mariposa pliega sus alas y deja de ostentar sus mil colores y matices por la dilatada campiña. Los pájaros que amamos más se van como la sagrada golondrina, cuyo regreso tanto nos ha alegrado en otro tiempo. Sécanse las flores. Y cierta solemne melancolía se apodera del alma y se estiende como un paño fúnebre por toda la creación.

Pero á cambio de eso, ¿que tiene que ver un paisaje de Abril con un paisaje de Octubre para quien sabe contemplar los espectáculos de la naturaleza? Todo verde en la primavera, todo embellecido por ese matiz uniforme de las primeras yerbas y de las primeras hojas, variadas solo con algunas flores que el calor de la vida y sus esperanzas abren por las antes secas ramas de los arbustos frutales. Y el otoño dá á los bosques una indecible variedad de colores y de matices. Mullida alfombra de hojas secas se estiende bajo nuestros pies, pero en las enramadas toman los árboles una indescriptible variedad de matices, teñidos de una extraña poesía por lo mismo que tienen verdadera tristeza. Ya se ven hojas del color de oro que tiemblan al vientecillo y se transparentan cual si fueran luminosas. Ya hojas que del color amarillo pasan al color naranjado con gradaciones de una incomparable belleza, como las de esas cintas de vapores tendidas sobre el ocaso y por los bordes del horizonte. Ya un color purpurino enciende y enrojece con toques de fuego árboles que se elevan junto á otros árboles de un verde desmayado y pálido. Y lueven sobre nosotros esas hojas de metálicos aspectos, embelleciendo la campiña, cuando el viento las arrastra con sus matices varios, y con sus varios morimientos. Nunca olvidaré una tarde de otoño en ese Escorial, tan sombrío como majestuoso, en que las piedras todas os hablan de la muerte. El color pálido de las hojas que comenzaban á caerse contrastaba

con las verdes jaras del suelo, y las nubes aglomeradas en diversos espacios del horizonte con los resplandecientes claros de azul celeste, y la lluvia prendida á las hojas con los rayos de un sol canicular que salian de pronto y animaban el paisaje hacia el Mediodía entonado por una tempestad oscura y tonante, y al Norte embellecido por las primeras nieves que acababan de caer sobre la violacea cordillera, cuyos transparentes riscos se armonizaban de una manera admirable con las parduzcas piedras de la inmensa y faraónica tumba.

Pero tambien tiene la estacion otoñal sus alegrías. Yo recuerdo aun los otoños de mi valle meridional con piadoso regocijo. Henchíase la casa con toda suerte de frutas. Sobre anchas piedras las familias campesinas abrían las almendras, extrayéndolas de su primera corteza, toda perfumada por la resina y la goma bien olientes. Cortábamos las colmenas, defendidos contra el aguijón de las abejas con impenetrables guantes y máscaras y capacetes de alambres, y recogiendo en cambio aquella rica miel, quintaesencia de las flores de primavera cosechada en los primeros días del otoño. La aceituna negreaba por los olivos. La higuera, entre sus hojas todavía verdes, ostentaba los sabrosos y oscuros ligos. A las puertas de nuestras casas alzábanse grandes montones de maíz, cuyas mazorcas encerradas en áureas hojas que adornaba sedosa madeja, una vez desprendidas y echadas al suelo, producían singular ruido que no puede explicarse con la palabra, pero que todavía conmueve mis entrañas y evoca en mi mente los dulces recuerdos de la infancia con su lejano susurro. La matanza se unía á todas estas fiestas campestres; pues celebramos, como si fuera una boda, la inmolation de los cerdos, con perdon de mis lectores, como decían nuestras buenas gentes. Cuando aun no amanecía sacaban allá por triste mañana de Noviembre al perezoso animal de su lecho de inmundicias. Tiene la infancia tal crueldad, por lo mismo que ha experimentado poco el sentimiento y casi nada el dolor, que nos deleitaba el despertarnos al son desgarrador de sus lamentosos gruñidos, cuyo estridor ahora francamente no podríamos soportar. Tendíanlo en una mesa, donde forcejeaba con la furia propia del apego que todos los seres tienen á la vida, y lo acababan abriéndole con ancho cuchillo honda incision en la garganta, por cuya herida lanzaba borbotones de sangre y ronquidos de muerte. Quemábanle luego la piel, para estirpar las cerdas, con hachoncillos de esparto, cuya luz, cuyo humo, cuyo calor nos encantaba con indecibles encantos. No sabeis, no, lo que es el campo, lo que es el pueblo, los placeres de la vida del hogar y de la vida del trabajo, sinó habeis visto en la ancha caldera hervir la morcilla negra como el azabache; en el lebrillo verde amontonarse la masa de chorizos rojos, como los pimientos riojanos; en la blanca tripa crecer la sonrosada longaniza; por un lado los jamones recién cortados, por otro los huesos mondadísimos, aquí el mondongo, allá

el rabo y la cabeza y las orejas, abriendo el apetito con la oferta de convertirse á la lumbre y por pr6vidas manos aderezados en sabros6simos manjares, los m6s gratos á nuestro paladar: por eso no me han extrañado los combates de nuestra pol6tica por el presupuesto, despues que he averiguado—al recorrer las cocinas europeas y sentarme á las mejores mesas, por la preferencia dada á los alimentos con que mantuvimos nuestra infancia sobre todos los dem6s alimentos—c6mo el 6rgano por excelencia patriota de nuestro cuerpo, m6s patriota a6n que el coraz6n, es el est6mago.

Pero la fiesta del otoño es la vendimia. Amarillean los p6mpanos; y de los gruesos sarmientos penden los 6pimos racimos. Como se transparentan, como se engordan, como se endulzan, pidiendo la necesaria transformacion en esa caliente sangre de la tierra que se llama vino. Las abejas corren á picar los granos y zumban como si les dieran una serenata 6 las alabaran por su riqu6sima miel. Mirad los vendimiadores, inclin6ndose 6 irgui6ndose, para cortar el racimo, trabajo que amenizan con alegres tragos y alegr6simas c6nciones. Junto á las cepas, en espueñas grandes, en canastos circulares, lucen las uvas blancas, negras, purpurinas, verdes, ora tirando al color del ambar, ora al matiz de la rosa. Una tarde estaba yo en M6laga, en viña amen6sima sobre una colina, al borde del mar, volviendo de continuo la vista desde las orillas doradas por la arena, á las montañas por el sol poniente esmaltadas y sobre cuyas crestas se veia, como si fuera la luna llena saliente—el pico m6s alto de Sierra Nevada, circundado por las reverberaciones de un cielo espl6ndido y clar6simo. En aquella feraz campiña, entre cepas de p6mpanos r6jos y verdes, bajaban, como en coro, las j6venes campesinas, llevando sobre sus esf6ricas cabezas cestos semejantes á las 6nforas antiguas, llenos de aureos y olorosos moscateles, que les daban el aspecto de las bell6simas can6foras griegas, cuando en las llanuras de la Atica, mantenian sobre sus frentes por el cincel de Fidias y de Praxisteles esculpidas, los templos de los dioses, armoniosos en su sencilla arquitectura como los ex6metros de los poetas. Otro dia me paseaba por los campos de M6ntua al terminar Octubre, recitando en mi memoria los versos m6s bellos de Virgilio. Una carreta se par6 en el camino, tirada por bueyes que llevaban sobre el testuz sendas guirnaldas de frescas y olorosas yerbas. Dos j6venes campesinos metidos dentro de aquella carreta, que era como un lagar ambulante, pisaban las uvas con las cadencias y los compases de un baile. Desde la zaga caia por una especie de caño, abundante chorro de vino tan grueso como el chorro de una fuente, que esparcia vivificador aroma. En torno de la carreta, niños medio desnudos pero coronados de p6mpanos, muchachas de una belleza escult6rica, con las sienes ornadas de flores, bailaban de tal suerte y cantaban con tanta solemnidad y tanta poesia, que me creí en una de aquellas danzas religiosas de otros tiempos; como si el Dios—Naturaleza viviera y

habitara todavía el santuario de los campos, recibiendo ofrendas y holocaustos de los felices campesinos. ¡Oh! La vendimia, el matiz de las hojas, la transparencia de los racimos, los sarmientos inclinados al enorme peso, los montones de uvas, aquí y allá las espuertas llenas, los carros y carretas en todas direcciones, los coros alegres de los vendimiadores, el lagar donde pisan las uvas al son de las canciones y con los compases del baile, el mosto oloroso, la alegría de la vida exuberante, todo esto compone un poema campestre, un idilio que no puede olvidarse y cuyo recuerdo recrea el ánimo y esparce la imaginación en cielos espléndidos de pura é inextinguible poesía.

Las fiestas de la primavera se diferencian mucho de las fiestas del otoño. La religión, que tiene tanta poesía, ha puesto en los meses de abril y mayo las Pascuas floridas, la Ascension á los cielos, los días consagrados á ofrecer á la Virgen la cosecha de flores nacidas y brotadas al soplo de su divino amor. ¡Cuántas veces, de niño, he unido mi voz á las letanías, cuando el clero de mi parroquia iba por las mañanas á bendecir con la cruz de mayo los campos henchidos de exuberante savia! ¡Cuántas veces he creído el día de la Ascension, al cantarse la misa de hora acompañada por el órgano, que los olivos volvían el revés de sus hojas al cielo, tornándose de verdi-negros en albos y plateados, para contemplar la subida de Cristo en sonrosada nube á los cielos! En otoño las pardas nieblas vienen y lloran; las golondrinas se van y dejan sus vacíos nidos en los aleros de los tejados, en los techos de las cabañas. ¡Cuánta diferencia entre su alegre venida, que anuncia la luz, el calor, la vida, las flores, la alegría universal y su triste despedida, que anuncia el cierzo, el hielo, el deshoje, la muerte. Mil veces, á las últimas, á las más atrasadas golondrinas, á las que revolotean ateridas en torno de nuestros cristales, ya cerrados, como si no quisieran dejarnos, y pian una de sus elegiacas lamentaciones, les he rogado que me llevaran con ellas, en sus alas, á través de los mares, allá á las tierras del sol, exentas de nuestras escarchas, y donde el invierno brilla como una primavera perpétua. Pero vuelan, se van y se llevan un año de vida en sus ténues alas. Y nos dejan próximos á esas largas noches de invierno en que el viento muge y la lluvia azota nuestras ventanas ¡Oh! Se van, se van y nos dejan! Por eso, como en el mes de mayo las flores de Maria, en el mes de noviembre la fiesta de los muertos. Sí, á vosotros, los que os habeis ido de nuestro lado, los que paseáis por otros mundos, dejándonos por toda herencia vuestros huesos y vuestras cenizas, os conmemoramos todos los años, cuando los ruiñones se callan, cuando las golondrinas se van, cuando los árboles se deshojan, cuando las hojas se pudren, por la fiesta de noviembre, que se llama también la fiesta de los muertos. Entonces vamos á los cementerios y recogemos nuestra alma en los recuerdos y consagramos una oración á los muertos. Todo es

sombrio, todo triste. Pero así como bajo la escarcha se oculta y germina la semilla, que lleva las espigas, bajo el sepulcro se oculta y germina la resurrección, que lleva en sí la inmortalidad. Todo renace en el universo; y todo renace en el alma. La vida es una transformación y un renacimiento continuos. La tumba es una larva, de la cual sale un alma que extiende sus alas en lo infinito y llega hasta las cimas de la gloria. Ya que la vemos, creamos en la resurrección universal. Y alabemos á Dios en cuyo seno se despertarán y transformarán nuestras almas. Si, el sentimiento de la naturaleza concluye por convertirse en puro sentimiento religioso.

EMILIO CASTELAR.





Valladolid en 1.º de Enero de 1889.



Empieza el año, y la pluma del cronista no puede, por consiguiente, escribir una sola palabra acerca de los sucesos que ocurran en el año que empieza. Del que acaba de morir, ¿quién se acuerda ya? Solo para lo presente tenemos atención y cuidados; el pasado es ya incorregible, y no queremos conservar su molesto recuerdo; el porvenir es oscuro, incierto, tal vez penoso y no nos convienen pensamientos de esa especie.

Aquí, en un día cualquiera, nada sucede, nada se hace, nada se encuentra; aquí, por lo tanto, no siempre se puede hablar del presente: hay que recurrir por necesidad, si se quiere decir algo, á generalidades, á síntesis, al ayer, al mañana, al dato histórico, á la profecía.

Dicha con castellana franqueza la verdad que al público se debe, resulta que en Valladolid, la famosa antesala de la Corte, la poblacion de cinco círculos, cuatro teatros, Universidad, infinitas suntuosas tiendas, algunas fábricas, Colegio Militar, Escuela de Comercio, Academia de Bellas Artes y diez ó doce periódicos, apenas se nota el movimiento intelectual, característico de los grandes centros.

En Valladolid no se gastan conferencias, ni estrenos de obras dramáticas, ni publicaciones de importancia, salvo sea alguna rara excepcion. Se hacen en cambio, numerosas anotaciones de Debe y Haber, se escriben tremendas facturas, se politíquea menudamente bajo la égida protectora de un *económico* exministro, se trae y se lleva al Ayuntamiento ó á la Diputacion, se insertan en algun papel público los correspondientes articulitos literarios ó verscecitos amorosos, y se pasea mucho, se cafetea mucho, se habla mucho, se pierde con admirable maestría el tiempo, en infinita variedad de bicocas y fruslerías.

Lo cual no significa que aquí no haya talento, ni ilustracion, ni actividad, ni trabajo, ni provecho. Hay de todo eso, y todo eso está representado por personas dignas de gran loa y de gran encomio que, de vez en cuando, presentan demostraciones evidentes de lo que son, de lo que valen y de lo que producen. Pero todo ello, con pesar tanto, se nos figura que ofrece más trazas de excepcion que de regla.

Concretándonos á la ciencia, á la literatura y al arte, podríamos fácilmente citar, retratar y criticar (segun nuestro leal saber y entender), unas cuantas personalidades que honran á Valladolid y que harían brillante papel en cualquier parte.

La prensa tiene cultivadores bastante notables, y estos periódicos, aparte de esos sueltucillos de menor cuantía sobre el nombramiento del Oficial de Hacienda, la licencia del Juez de tal partido, el poco alumbrado de este barrio y la camorra de aquella callejuela, publica artículos políticos muy sensatos y discretos, artículos de intereses materiales muy oportunos y acertados, artículos literarios muy ingeniosos y muy bellos y hasta versos muy aceptables. Ahí está «*El Norte*», el abuelo, conservador de tomo y lomo, con historia larga, criterio ilustrado, intencion sana y suscripcion cuyo producto para nosotros quisiéramos. Ahí está «*La Crónica*», ya muy antigua también, con sus escritos tan eruditos como patrióticos y sus campañas económicas ó agrícolas, de utilidad práctica en su tiempo y sazón. Ahí está *La Libertad*, hermoso diario en que destellan fulgores metafísicos de luz rojiza y brotan flores literarias de trascendente aroma. Y allí están *El Eco*, muy servidor de Gamazo, *La Lealtad*, muy servidor del gran húsar «*La Opinión...*» de Santarén y su familia, como decía el *Eduardo del Palacio* de Valladolid, hoy alejado de esta tierra de bendición, y los órganos del magisterio, y hasta *El Boletín Oficial* si se quiere, que alguna vez se honra con esos preámbulos de decretos, esas circulares, esos documentos, en fin, de los centros gobernantes tras de los que suele brillar el talento de alguno de esos ministros que son en literatura una onza de oro y en política un duro en cuartos.

De suerte que la prensa vallisoletana nos ha dado á conocer escritores tan estimables como Salcedo, Barrasa, Pozas, Macías, Bravo, Villardell y otros muchos, obreros beneméritos de la inteligencia, que siembran y siembran sin cosechar otra cosa que envidias, desazones, ingraticudes y trabajos.

En donde también se pone muy de relieve el talento y la ilustración de los hijos de esta capital, es en el foro. La ciencia del derecho, la elocuencia forense tienen aquí representantes de primera clase, y ocasiones se ofrecen, no muy de tarde en tarde, en que el elemento joven del Colegio de Abogados, bien aprendidas las lecciones de los que han gastado su vida y su entendimiento informando elocuentemente en los tribunales, revelan excelentes dotes oratorias, conocimientos nada comunes, gran corazón y ánimos para mayores empresas. Citar ahora nombres, sería insertar la mitad de lo que contiene el lujoso libro *Lista del Colegio de Abogados*.

¿Y las artes? ¡Pues no hay pocos artistas! En Valladolid se pinta mucho, y entre ello hay algo bueno. Hasta tenemos por acá caricaturistas, dibujantes de periódicos festivos, al estilo de Ortego, Cilla ó Mecachis; dígame Huerta que ha publicado, pocos días hace, en *El Inocente*, periódico

anual, y el ser así no es pequeña inocentada, viñetas de lo más cómico, ingenioso y grato que admite el género.

La música se cultiva también mucho y con profundo cariño. Hay café en que la dan de balde, y buena, y ejecutada y bien ejecutada por seis instrumentistas que al pueblo soberano le instruyen en los misterios de ese divino arte y le facilitan el conocimiento de las novedades musicales que manan sin cesar de los teatros de la Corte. Después los pianos caseros. ¿Qué niña bonita no toca el piano? ¿Qué niña bonita no andará por *La Gran Vía* ó no interpretará los sentimientos de *La Bruja*? Luego.... los pianos callejeros; nosotros suponemos que existen unos dos mil, pues por donde quiera que vamos, á cualquier hora, en cualquier día, de cerca ó de lejos, á la esquina ó en el centro, nos encontramos con uno de esos instrumentos tan fáciles de tocar, que ó nos embelesa ó nos horroriza, según los casos y las cosas.

Pero al hablar de música, tenemos que hablar más en serio, como que habremos de poner en nuestro pensamiento y en nuestra carta el respetable nombre de la Diputación Provincial.

Esta corporación, muy política, como todas y en todos los sentidos de la palabra, echa sus canas al aire, esto es, piensa algunas veces que la provincia no vive solo de pan, no solo necesita carreteras y cosas por el estilo, sino que debe vivir y necesita la vida del espíritu. Y para la vida del espíritu nada más á propósito que el arte. Así es que una de las mejores obras que tiene apuntadas en su Haber la supra dicha Corporación, es la de haber fundado una Escuela completa de música, sobre la base de los jóvenes acogidos en el Hospicio. Cuando se hallen del todo organizadas la banda y la orquesta, nada menos que banda y orquesta han de componer los hospicianos aptos, inagínese el lector para cuantas cosas servirán, qué utilidad en fiestas y solemnidades no han de reportar, lo que contribuirán á la educación popular, tan abandonada por desgracia, y el porvenir que se podrá ofrecer para cada uno de los instrumentistas.

Porque se trata por los diputados de que la orquesta y la banda sean *verdad*, es decir, absolutamente buenas, presentables en cualquier parte.

Ignoramos naturalmente si éstos propósitos, tan laudables, tan dignos, tan elevados, tendrán cumplimiento; pero para creer que sí, poseemos un dato precioso, y es la elección que aquellos señores han hecho de la persona que ha de dirigir la mencionada Escuela de Música.

Viviendo en Valladolid, es claro que sabemos muy bien que nadie en esta capital desconoce el simpático nombre de Cipriano Llorente. Como que hay motivos muy fuertes para que todos le conozcan y le quieran.

Llorente que es el director elegido por la Diputación Provincial, y ya ha sabido esta lo que se ha hecho, es una de las personalidades más salientes, más enérgicamente dibujadas, por decirlo así, más típicas, en una palabra. Y eso que si su figura, vista una vez, no se olvida jamás, en cambio su tra-

to puede presentar y presenta un ser de doble naturaleza, ó con dos caras, ó con anverso y reverso, como se quiera: el boticario por un lado, el artista por otro.

Cualquiera pensará que por la parte de la botica, no hay que mirar á Llorente, y sin embargo el que así piense no acierta. El artista boticario cumple con ciencia y conciencia su mision, trabaja con asiduidad, se sujeta heroicamente al laboratorio y satisface á la clientela, para la cual tiene, segun la calidad y circunstancias de la persona, tal ángel, como dicen los andaluces, que es verdaderamente placentero ver como vende sus drogas, cómo despacha los emplastos que *confecciona*. Su conversacion de *tandero* es chispeante, gráfica, jovialísima y atinadísima; nadie creerá que aquel licenciado en Farmacia es el celo, el escrúpulo en persona para el examen y la composicion de las medicinas que se le encomiendan.

El boticario artista, es otra cosa, y otra cosa muchísimo mejor. El arte es su idolo, y el ejercicio del arte es su transfiguracion. Como compositor posee todas las buenas cualidades, todas las aptitudes, todos los recursos, pero sobresale quince codos en lo mejor, que es el sentimiento. La música de Llorente es sentidísima, así es que es casi puramente melódica, de la escuela italiana, del *bell canto*. Tiene algo de la poesia de Schubert y algo de la delicadeza de Bellini, y no sabemos si atrevernos á decir que supera á este último en la armonía, pues, en este punto, nos ha parecido á veces más variado, ménos repetido este Cipriano que aquel Vicente. Cuando se publique la coleccion de melodías que tiene compuestas, muchas de ellas con letra de aquel inolvidable poeta cuñado suyo que se llamó Evaristo Silió y Gutierrez, existirá una prueba de lo que aseveramos.

El instrumento que mejor domina es el violin. En él hace primores, y no es extraño, puesto que á sus excepcionales condiciones reúne la circunstancia de ser discípulo de Monasterio.

Pero su fuerte, francamente, es la direccion de orquesta. En este terreno avanzaría desmesuradamente si se lo propusiera. Es increíble lo que puede y lo que logra con todos aquellos á quienes dirige. Su genio chancero, muy útil para corregir y evitar choques y rozamientos, su energía para imponer la batuta, su *ciencia musical* para arreglar todos los detalles, su espíritu organizador, su ejemplo en todo, y hasta la expresion de su semblante en el que se vé genio, entusiasmo, adoracion al arte, sentimiento exquisito, de tal modo que parece que dirige solo con la vista, son medios tan poderosos y tan difíciles de juntar, que nos hacen creer firmemente que nació y debió ser exclusivamente director de orquesta. Cierto que ya lo ha sido, con compañías de ópera y en famosas campañas, y sobre todo, allá, en cierto año inolvidable para Valladolid, en el cual dió á conocer á este público toda la Misa de Rossini en dos solemnisimos conciertos sacros celebrados en el gran teatro de Calderon; pero ¡lástima que no siguiera siéndolo!

A este hombre, pues, ha encomendado la Diputacion mision tan difícil y

delicada como la de organizar y dirigir una buena Escuela de Música, con los hospicianos.

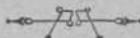
Si él no lo consigue, que renuncien los demás, aunque en los demás tengamos que reconocer no pocas aptitudes ni pocos méritos.

Ahora parece que vendría bien hablar algo de los teatros de Valladolid, que aunque poco, algo de arte nos presentan. Calderon y Zorrilla están abiertos, y en ambos se representan las obras de moda. Ese Zorrilla, sobre todo, es un no acabar de novedades, que para pobres provincianos fatiga. Apenas se estrena en Madrid uno de esos juguetes, de letra tan pesada y de mímica tan ligera, de tan triste literatura y tan alegre canto, ya se vé anunciado en los cartelones del teatro de la Acera. La gente acude, goza, se exhibe, la moral se tapa la cara, el arte se echa la mano á la frente como si le hubieran dado una pedrada, Moratin ruge dentro de la tumba, los aprendices de literatura estudian el modelo, (y con esto buen porvenir nos espera,) y algún periódico se atreve á soltar su censurita, mientras otros hacen de señores del coro. Eso sí, en cambio cuando se estrenan en Madrid obras como *Gloria*, esas tardan bastante en darse por aquí una vuelta, y váyase lo uno por lo otro.

Por lo demás, repitamos que aquí no pasa nada. Todo el suceso de hoy, dia primero del año, se reduce á la terminacion de una Novena que los P. P. Jesuitas vienen dedicando al Niño Jesús. Y allá vá la gente, á bandadas, ó como decía Hamlet que caminan los males, no uno á uno, sinó por escuadrones. Las niñas van preciosas, muy pintadas y compuestas, con muchas cintas y muchas flores y el indispensable loa; las mamás severamente lujosas. Todas se han ataviado como para el teatro, como para las fiestas del mundo. Y allí, dentro de la capilla, brillante, algo teatral, espléndida en luces y adornos, todo se vé menos la devocion. Y, como siempre que los P. P. Jesuitas dan funcion, sea religiosa, científica ó literaria, el paseo queda desierto, las calles poco menos y el interés se reconcentra en aquella casa tan suntuosa, tan elegante, tan cómoda, cuya iglesia ó cuya sala de actos contienen muy á menudo eso que los revisteros llaman la *hi glife* ó como se diga.

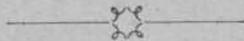
Esperemos, pues, á que el año *se vaya criando y vaya creciendo* para poder hablar algo de él en siguientes sucesivas cartas, y contentémonos por ahora todos con la noticia de que Valladolid sigue bueno, trabaja un rato, se divierte otro, á veces ríe, á veces llora, tiene poco dinero, no le falta humor, cuenta con elementos para darse todo, es bastante útil á la pátria, desea prosperar y pide economías.

ANSELMO SALVA.





LA HISTORIA DE UN AMIGO.



Era una noche muy cruda del invierno de 188... En medio de las tinieblas y de la oscuridad que reinaban por doquier, al terminar una de las más espaciosas calles, divisábanse vívidos resplandores, como si el astro del día enviara sus rayos de oro; eran los resplandores producidos por las luces que artísticamente colocadas alumbraban en la soberbia, magnífica entrada de aristocrática mansión.

A cada momento, los carruages que afluían de todas partes, deteníanse ante ella, y galoneados lacayos abrían las portezuelas por las que descendían hermosas y elegantes damas, arrebuajadas en sus abrigos de pieles y acompañadas en su mayor parte, de caballeros cuyos trajes respondían á las exigencias de la más severa etiqueta.

Cuando llegué, la afluencia de convidados estaba en su apogeo y una vez cumplidos los deberes de cortesía, me fui á recorrer los vastos y artísticos salones de aquella morada, la pintura, la escultura y la arqueología tenían digna representación en los objetos que caprichosamente combinados mostraban á la par que las decantadas riquezas de sus dueños, el proverbial y exquisito gusto que imprimían á toda clase de fiestas.

Esta que nos ocupa bien podemos calificarla de suntuosa, de extraordinaria.

La linda y encantadora hija de los duques del Granjal, prometida del distinguido marqués de Milpáger, y cuyos

desposorios debian celebrarse en breve, reunia á la genuina representacion de la hermosura, de la aristocracia y de la banca. La animacion se pintaba en todos los semblantes, prestando su concurso á los numerosos corrillos, de aspecto deslumbrador, que aquí y acullá, por todas partes llenaban los salones de la casa.

Cuando á los acordes armoniosos de la orquesta se organizó el cotillon de honor y á este siguieron otros bailes, llamó mi atencion en los descansos. el interés con que sostenia, gente bulliciosa y alegre, cortado y vivo diálogo.

Impulsado por la curiosidad, me acerqué, máxime al escuchar en repetidas ocasiones el nombre de mi amigo Pepe Larios, y aunque la conversacion entrecortada revestia carácter misterioso, pude darme cuenta de su gravedad... mas pronto advertí la presencia, de Pepe, mi buen amigo, en cuyo rostro aparecía perfectamente dibujado un sello indefinible que vagaba entre la tristeza y la desesperacion.

—Hola Pepe, cómo estás?—le dije alargándome mi mano y él tendiéndome la suya me respondió con voz baja y trémula—Bien.

Comprendi que algo grave le habia ocurrido, y guardé silencio, observando atentamente su melancólica fisonomia.

—Esta tarde he visitado á Luis—volví á decirle—el pobre está desconsolado; ya ves queria tanto á su madre, que, su muerte le ha causado una impresion fatal y dolorosa.—

Pepe calló, y entonces interrumpí aquel silencio.

—No hablas nada, estás triste?—

—Si—me respondió—lo estoy, tengo el corazon destrozado, el alma desgarrada, por el vivo dolor.—

—Pues qué te ha pasado?—

—La peor, la más angustiosa de las desdichas, soy muy desgraciado!—

—Más que Luis?—

—Hace un momento creía que era el ser más infortunado de la creación, ahora veo que no soy el único; sin embargo lo que me ha sucedido es desconsolador.--

--Pues creo que un amigo de corazón, como yo soy para tí, tiene derecho á saber tus secretos.--

--Si; pero es una historia muy larga de contar y además tu no la puedes comprender.--

--Por qué?

--Por qué tu eres feliz.

--No tanto como tu te figuras.-- Si Blanca te ama.--

--Y a tí Elvira!- ¡Ay! pues de eso se trata.

Nada--le dije--refiere esa historia á tu mejor amigo, que ahora será una tumba; cuanto me digas quedará encerrado en el arcano de mi pecho.--Pues lo quieres.--contestó--sea.--

Y entonces nos retiramos á un apartado rincón y allí completó, con el relato que á continuación trascribo, las vagas é incompletas noticias que á mi habían llegado, y que segun más tarde, supe, fueron objeto de la conversación general.

--Tu conocerías--dijo Pepe Larios--á Luisa y á Elvira Alides; pues bien un día, por mi mal, las conocí y la fantástica hermosura de Elvira me fascinó; empecé á comprender que se había apoderado de mi alma algo que aún desconocía; cada vez que á mi lado pasaba la de Alides, sentía latir mi corazón con más violencia, sentía que mi alma toda entera se trasladaba á la blanca y pura de Elvira; cuando me miraba, dirigía mi vista al cielo, y un misterioso impulso me obligaba á seguirla doquier fuese y obligaba á mis ojos á cotemplantarla embelesado; cuando estaba solo no pensaba sino en ella, su imagen parecía estar grabada en el fondo de mi corazón con indelebles caracteres de fuego; todas las demás mujeres me parecían á su lado sin belleza alguna, casi despreciables,..... porque realmente era bella como una huri, hermosa como un querube,

buena como una Santa, pura como el beso de la tarde....

Yo sentía, como te iba diciendo, algo indefinible en el fondo de mi alma, y al tratar de explicármelo pensé en el amor, mas pronto desheché esta idea, pues no lo conocía sino por la pintura que de él nos hacen las voladoras fantasías de los poetas; por último, despues de mucho vacilar y sufrir, comprendí que estaba enamorado, que yo adoraba à Elvira mas que à mi mismo, que eso que en mi interior bullia desenfrenado era el amor, no el de los poetas sino un amor puro, santo, noble, pero inmenso, ciego, abrasador.....; más yo no tenía valor para declarar mi pasión à ese angel, que creía ser el de mi salvacion y ha sido el de mi muerte.

Un dia vi venir à Elvira acompañada de su hermana Luisa, y al pasar, cuando contemplaba fascinado su hermosura, cuando escuchaba el ruido leve que producian el rozar de sus vestidos, cuando respiraba su aliento, cuando su mirada de fuego me envolvía, yo, loco, ciego, poseido de un vértigo de amor dije en voz baja «te adoro» y una voz dulce, dulcísima, angelical respondió «y yó».... Las notas purísimas de esa voz, llegaron al fondo de mi alma, la que creyò ver en lontananza el más bello, el más risueño porvenir; la única dicha, la única felicidad que yo entonces ambicionaba era conseguir el corazón de Elvira à cambio del mio, y veía en aquellas palabras un rayo de esperanza.

Pensé ya resueltamente en ser franco y descubrirla el fondo de mi corazón, mas, por razones que tu sabes me era imposible hablar con ella; nuevas dudas, nuevas vacilaciones, hasta que por último resolví escribirla, y con efecto la envie una carta en la que le declaraba la pasión inmensa que por ella sentía.

Al dia siguiente recibí contestacion à mi carta y en aquel papel azul, cuyo delicado perfume, despedía fragante aroma, vi escritas frases tan dulces como encantadoras. Elvira aceptaba mi amor, Elvira me daba ese *sí*; tan

deseado... Comprende, pues que mi felicidad, añadió Pepe no podía ser mas completa, todo cuanto deseaba, todo cuanto mi fantasia volando en alas del amor se habia imaginado, todo eso que hacia un momento me parecia un sueño casi irrealizable, lo veia convertido en la mas risueña y apetecida realidad.

.
Ha pasado un mes; yo era más feliz aun de lo que habia soñado; cada dia, si posible era, adoraba más y más á Elvira, y ella segun en sus cartas me decia me amaba con delirio; notaba, sin embargo, que era rara, rarísima la vez que me dirigía una mirada, y que cuando fijaba en mí sus ojos era para enviarme una mirada lánguida, fria, indiferente, más era tal el amor que sus cartas respiraban, tales los juramentos y protestas que me hacia, que jamás dudé de su amor.

Hace muy poco tiempo cai enfermo; me acuerdo muy bien, era un viernes, vispera de una festividad solemnísimá; llevaba mas de una semana sin salir de mi casa; á eso de las cuatro de la tarde recibí, como de costumbre durante mi enfermedad, carta de Elvira; mas... aqui la tengo, oye lo que dice, y fijate bien en su contenido:

«He recibido tu carta, Pepe querido: puedes suponer la alegría que habre experimentado al saber tu restablecimiento; no creo, sin embargo prudente que salgas tan pronto como piensas, ¿que te importa un dia mas?; debes quedarte en casa *siquiera mañana*, ya sabes que hara mas rapida tu convalecencia el amor profundo que te profesará hasta su muerte, tu

ELVIRA.»

Apesar de esos consejos que me daba en su carta, sali al siguiente dia y me fui al convento de H.** Al entrar noté la concurrencia inmensa y escogida que llenaba la iglesia, lo cual no me extrañó, pues era, como te he dicho ya, una fiesta muy solemne; mas pronto advertí que la

capilla se hallaba engalanada; en primera fila y junto á las gradas del altar mayor estaba Luisa estaba su madre y estaban las dos llorando, junto á ellas toda la familia y las más íntimas amigas de Elvira, y todas lloraban, ... aquello me estremeció... y faltaba Elvira.

Donde está? fue lo primero que me pregunté.

Senti latir mi corazón desenfrenado, senti una misteriosa impresion en mi alma, y un interior presentimiento me anunció que algo grave, muy grave y muy triste para mi, habia sucedido; pronto vi, ante el altar que magestuoso se alzaba y que parecia decirme que dirigiese una mirada al cielo, toda la comunidad reunida, y entre sus negros y severos trajes, descollaba uno completamente blanco, cual deseuela un copo de nieve sobre la tierra negra y lodosa; miré quien lo vestia y era una joven bella, bellissima, encantadora, parecia la fantástica aparicion de un hada, parecia un querube hermoso que con su traje mas blanco que la nieve y que el armiño lo cubria todo; mas de repente la conocí, un ¡ay! desgarrador, se escapó de lo mas íntimo de mi alma, vi llenarse mi mente de mil encontradas ideas, vi inundarse á mi corazón con mil desgarradores sentimientos, uná fuerte convulsion corrió por todo mi cuerpo, mis piernas flaquearon, yo vacilé, fui arrojarme sobre aquel angel blanco, mas me detuve al escuchar una voz que decia--- ¿escéptais por esposo á J. C. ? y un eco dulce, angelical respondió con tremulo acento, --sí--y aquel *si* resonó potente, aterrador en toda mi alma, y poseido de un vertigo de demencia, hui, hui á la ventura y con incierto rumbo... y fui á dar no sé donde.....

Que pasó despues? lo ignoro; solo te puedo decir que cuando desperté del horrible sueño, en que mil fantasmas, mil ideas diversas, en revuelto y confuso torbellino asaltaron mi mente, me encontré en mi cama.

La causa de todo la habrás adivinado ya; aquella joven que daba su último *adios* al mundo y que hundia su her-

mosura peregrina en los claustros soberbios de un convento, era... ¡ay!... era Elvira, Elvira que nunca me pareció mas bella que aquel día, Elvira á quien nunca amé mas que entonces,... entonces, cuando todas las esperanzas risueñas, cuando todas las doradas ilusiones que me habian animado y habian existido en mi corazón, ligeras, rápidas, presurosas, se desvanecian en un momento, cual una tenue y agrisada nubecilla desaparece con los rayos primeros del sol. Elvira que hasta entonces se me presentaba siempre, cual la imagen de un ángel, del ángel de mi guarda, del ángel de mi salvacion, la veía terrible en su hermosura, aterradora en su magestuosidad, era el ángel de mi mal, el ángel de mi muerte.--

--Pero si Elvira te amaba ¿cómo esplicas este suceso?-- le dije yo interrumpiendo su relacion.

--Yo--me contestó--no encuentro esplicación posible, despues de mucho luchar, despues de muchas dudas, escribi ayer á su hermana pidiéndole esa esplicacion...--

--Y la respuesta--Ahora mismo, vamos á buscarla.--

Y diciendo esto se puso en pié, invitándome á que si queria saber el desenlace de esa historia le siguiese; yo marché tras el. Salimos por fin á la calle; densos, oscuros, pesados nubarrones encapaban la celeste boveda, ni las estrellas con su luz de oro, ni la luna con su luz de plata resplandecian en el cielo; en la puerta del palacio seguian los carruages esperando el termino de aquella reunion. Larios marchaba delante, y yo le seguia febril, ansioso, sin poder adivinar lo que iba á suceder, y pensando en su situacion.

Pepe estaba triste, desesperado y con razon. Un desengaño, el primero que sufría, habia venido á empañar su vida que alegre y feliz se deslizaba, su existencia entraba en una nueva fase; aquel camino ancho y rodeado de aromaticas flores, por el cual marchara, habiase trocado en estrecha senda, tapizada de punzantes espinas, habia dado el primer paso en la calle de la amargura, esa calle

estrecha y larga por donde mas ó menos lijeros, caminamos todos los hombres..... Joven, rico, noble, todo parecia sonreir en el mundo á mi amigo, cuando venia á amargar su corazon ese suceso inesplicable que me acababa de referir... ¡Era el primer desengaño!..... ¡Y es tan triste! ¡Tan amargo!,.....

Por último ante una elegante casa se detuvo y al poco tiempo se oyó el rechinar de una puerta que se abría, Pepe se estremeció--Qué te pasa?--le pregunté.

--Calla,--me respondió con tono enérgico y en aquel mismo momento se acercaba á nosotros una muchacha, que con una carta en la mano dijo dirigiéndose á mi amigo--De parte de la Señorita.--Pepe tomó la carta sin responder, bajó la cabeza, y todo nervioso la retorcía entre sus manos, de pronto alzó su vista, me dirigió una mirada penetrante en la que parecia se iban sus ojos á escapar de las órbitas, y me dijo con voz más débil que el quejido de un moribundo.--Es de Luisa, toma leela tú,... yo no me atrevo.--

Y entonces yo le lei esta carta.

«Sr. D. José Larios.

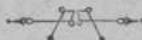
Perdon, he sido una infame, le he estado engañando á V. miserablemente.

Todas cuantas cartas ha recibido V. creyendo eran de mi hermana, están escritas por mí. Elvira no sabe una palabra de cuanto ha sucedido, Elvira no le amaba á V., Elvira es inocente,.... la única culpable soy yo, que sin atreverme á manifestarle una pasión que siempre dudé fuera correspondida, ha alimentado fingidas esperanzas y labrado quizá su desgracia.

Perdone, pues á la que tanto le ama.

LUISA ALIDES.»

GUILLERMO ELÍO.*





LOS REYES MAGOS.



(PÁGINAS DE OTRA EDAD.)

A mi querido amigo
José L. de Guevara.

Todavía me acuerdo de aquellos tiempos. Era el cinco de Enero. Desde muy temprano empezábamos á examinar las botas, mirando sus descosidos, condoliéndonos de sus rotos, y procurando por cuantos medios estuvieran á nuestro alcance, disponerlas de un modo digno de la visita que á la noche iban á recibir. Las limpiábamos, las embadurnábamos con betun, y solo á fuerza de mucho sudor conseguíamos ponerlas tersas y relucientes. Revolvíamos los cajones, los escaparates, los baules, y buscábamos hasta en el fondo los pequeños zapatos de punto que sirvieron para mí y para todos mis hermanos cuando señalamos con nuestros débiles piecitos los primeros pasos. Los adornábamos con cintas de seda que ya habian desempeñado el oficio de ceñidores de cucuruchos ó libretas provenientes de tal ó cual bautizo ó boda, y todo así preparado esperábamos con impaciencia la noche, y con ella, el feliz momento de que los *reyes* se detuvieran en nuestros balcones á colmarnos de golosinas y juguetes.

En estos preparativos pasábamos el tiempo hasta la hora de la cena; durante ella, toda la conversación versaba sobre lo generoso que este año se mostrarían los Magos, calles que iban a recorrer en sus invisibles camellos, y niños que encontrarían sus botitas vacías en castigo a su mal comportamiento durante el año que acababa de espirar.

La verdad es que apenas cenábamos de contento, y que ni los postres tan amigos nuestros otros días, se vieron muy favorecidos en la víspera del de los Reyes. Por fin nuestros padres se levantaban de la mesa, y todos en tropel íbamos a colocar nuestras botas y zapatos en los sitios convenidos ya, no sin antes ensanchar todo lo posible las unas, y ahuecar los otros, para que así, pudieran los Magos mostrarse todo lo pródigos que a su magestad correspondía.

Yo, y conmigo mis hermanos hubiéramos deseado no acosarnos aquella noche, y poder sorprender el instante en que envueltos en nubes de aromático incienso, descendían de sus camellos que yo me figuraba raudos como la negra golondrina que anidaba en el alero de mi tejado, y subían, sirviéndose de impalpables escalas de hilos de oro a los balcones, donde yacían endurecidas y cubiertas por una capa de helada escarcha, mis botitas de los días festivos..... Pero mi padre daba la voz de retirada, y pronto, demasiado pronto a nuestro pesar, nos veíamos envueltos entre las sábanas de nuestras camas.

¿Dormirían mis hermanitos? Yo solo sé que si dormía soñaba mucho. Me figuraba nuestro pequeño *Nacimiento* colocado en un rincón de la sala, con su miserable cabaña de techumbre de paja, su suelo de verdoso y retorcido musgo, sus arbolitos sosteniendo menudos copos de gñata que queríamos simulara la blanca nieve; su indispensable cascada que se desborda de imaginada montaña, y que al romperse en hirvientes remolinos, aplaca el furor de sus ondas de nácar y corre resbalando mansamente hasta salvar un puentecillo de cartón por el que atraviesan pastores que llevan como ofrendas al Niño Dios los tiernos recentales y las baladoras ovejas. Todo esto veía en mis ensueños alumbrado espléndidamente por las lucecitas de amarilla cera que sostenía nuestros pequeños candeleros de plomo, pero de pronto y como por encanto, aparecían apagadas todas las luces despidiendo hebras agrisadas de humo, y una claridad inmensa, verdaderamente milagrosa iluminaba nuestra modesta sala. De la estrella de papel dorado que habíamos colocado pendiente por un hilo del techo. Brotaban resplandores...

celestes y su cola de recortadas tiras iba dibujando en el espacio una estela de luz que semejava un río de oro. De otro lado, los Reyes Magos, los héroes de la fiesta, se mostraban en una encrucijada, caballeros en enormes camellos, seguidos de una cohorte espantosa de criados ocupados no mas que en llevar en las alforjas de sus cabalgaduras los regalos sin número con que iban á obsequiar al Dios del mando.

Más tarde los veía llegar guiados por aquella estrella á la mísera choza, y ellos todo riqueza, todo lujo, penetraban en aquel establo y se hincaban de rodillas ante la pobre cuna del Niño Jesús, rodeada de aquellas figuras de la Virgen, S. José la mula y la vaca que tiesas é inmóviles habíamos colocado nosotros con tanta solicitud dentro de la cabaña.

Ya iban á hacerle los presentes, iban á llenarla de regalos que en mi inocencia no suponía fueran otra cosa que juguetes y dulces y entonces era cuando yo me veía satisfecho, alegre, loco de contento....

A la mañana siguiente nos levantábamos antes que la luz del alba penetrara en nuestros dormitorios y sin concluirnos de vestir y espuestos á que el aire frío de la madrugada nos produjera alguna enfermedad, íbamos á los balcones á recoger el rico tesoro que estábamos seguros de encontrar dentro de nuestros zapatos y botas. Y así era en efecto; las hallábamos henchidas, completamente llenas de almendras, de figuritas de azucar pintado de diferentes colores, de ratones de mazapan, de cajitas de bombones, de todos los caprichos que la solicitud de una madre puede soñar para agradar á sus hijos. Y el día de los Reyes todo era fiesta, bullicio, algazara. Y de este modo todos los años, hasta que llegó uno en que yo, que era el mayor de los hermanos, cumplía diez.

.....
Mi pobre madre habia muerto hacia pocos meses. Con este motivo, las fiestas de Navidad, tan alegres otros años en mi casa, transcurrieron silenciosas y tristes, recordando á todas horas á aquella que desde el cielo nos miraba.

Llegó la víspera de Reyes y nosotros si no tan bulliciosos no dejámos de hacer lo que en años anteriores. Colocámos nuestras botas, los zapatos de punto, nos acostámos y al despertar el siguiente día fuimos impacientes y gozosos á recoger los regalos de los Reyes de Oriente. Abrimos el balcon y quedámos mudos, tristes, sorprendidos. Las lustrosas botas aparecieron cubiertas de una ligera capa de hielo, pero completamente vacias; sin un dulce, sin

una almendra, sin nada que indicase el paso de la alada cabalgata que tanto nos habia festejado años ántes.

Entonces comprendí quienes eran los Reyes Magos de nuestra casa. Lloré mucho y conmigo mi pobre padre que en su dolor no se habia acordado de hacernos felices siquiera aquel día.

Desde aquel año no he vuelto á colocar las botas en mis balcones, pero no me he olvidado en cambio de rezar por mi madre.

HERMINIO MADINAVEITIA.

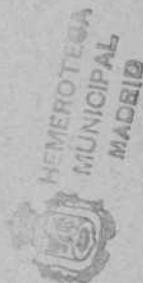




LA MUÑECA

Jugando á las señoras, de visita
Está Bebé. Tocado estrafalario,
(que ella juzga de un gusto extraordinario,—
Y solo, en su concepto, necesita
Para ser elegante y hechicero,
De su mamá los guantes y el sombrero,)—
Luce con magestad, y, en marcha leda,
Vuélvese á oír el roce de la seda
De su crugiente falda de amplia cola.
Ella charla por dos, porque está sola.
¿Sola? ¡no! entre sus brazos,
Con cuidados de abuela, ansiosa estrecha
Ridícula figura contrahecha,
Informe objeto envuelto entre retazos;
Un monigote ruin, descalabrado,
Por sus amantes besos deslustrado,
Sin brazos, sin colores, roto, hueco,
Resto confuso de gentil muñeco
Y á la vez que el más feo el máspreciado
De sus juguetes..... ¿El porqué? ¡Es misterio!

Tomando la comedia muy en sério:
—¡Tan! ¡tan!—llama—¡adelante!
Cómo ¿es V. señora..? buenos días;



¡al fin sale V. ya!—Solo un instante;
y ¿qué tal?—¡Oh! muy bien...; hay tonterías
que no pueden faltar, como V. sabe...
¿y V.?—Yo estoy muy grave;
pero en cuanto á los niños no podemos
quejarnos.—¿Cuántos son?—Doce tenemos—
—¿De qué edad?—Verá V.: todos á una
van á cumplir los doce en este invierno,—
—¡Todos los mismos años! ¡qué fortuna!
y ¡qué comodidad!—Pero ¡qué infierno!
—¡Cuéntemelo V. á mí!—¿Tiene V. alguno
tambien?—Sí: solo uno;
este (mostrando su muñeco eterno.)
—A ver... ¡luz de mi vida..!
¿es niña?—No—¿Varon?—No, no, aun no es nada
porque, ya lo vé V., no está vestida;
que le vistan no quiero;
¿para qué? si es varón querrá de fijo
jugando á los caballos, ser cochero,
y las niñas ¡no! ¡no! ¡gloria divina!
despues de mil historias desdichadas
son al cabo infelices de casadas.
¡Yo quiero ver dichosa á mi monina.....!—
Y estrechaba en sus brazos con locura
Al muñeco amorosa é intranquila,
Y al clavarse en sus ojos sin pupila
Desbordaba en los suyos la ternura:
Que aquel risible harapo, era en su mente
En realidad el Niño, el sér querido,
El rosado y gentil recién nacido,
Amor que se hizo carne, flor viviente.....
Y encontraba para él, en trino suave
Palabras que se inventan, le arrullaba
Doblando el cuello como suele el ave,
Y unía en largo beso, amante y loca
A él su carminea boca,
Y no fingía ya..... ¡era una madre!
En tanto yo, su padre,
Sentía melancólica amargura
Viendo algo mio, extinto
En aquel corazón que innato instinto,
Hacía arder en maternal ternura.
De la ciega y cruel Naturaleza

Era mi hija adorada antes que mía,
 Y ella la recobraba con rudeza;
 Y robaba mi calma
 Ira sorda y tenaz, cuando sentía
 El nuevo amor que germinaba en su alma.
 Entre tanto su acento resonaba
 Más acre, no nombraba
 Al hijo ya esta vez, sino al marido:
 Esto era grave y agucé el oído.
 ¡Ah! ¡qué maestros fueran
 Los niños, si los hombres les oyeran!
 —Me tiene siempre abandonada ahora—
 —Y á mí el mio... ¡son tantos sus quehaceres!
 —Esto nos pasa á todas las mujeres..!
 —¡Oh los hombres..!—¡Los hombres ¡ay! señora!—
 —Y eso que á mí me adora
 y aún me llevó hace poco
 al Real... no, al Español... no, no tampoco...
 no puedo recordar donde sería...
 sé que Guiñol representó aquel día...
 pero en cuanto trabaja... ¡adiós! se encierra
 y...—Lo mismo que el mio, buena amiga,
 y en balde es que le diga
 con mi más dulce voz «Te espero, acaba,
 «¿no vienes con tu hijita.....? (Bueno, vamos,
 el marido soy yo..... ¡lo sospechaba!)
 responde:» no, no puedo, nos quedamos,
 «Va á empezar á llover.....» y ¡adiós encanto!
 que fastidio, Señor, lo que yo digo,
 ¿porqué no quiere pasear conmigo?
 ¿porqué, Señora, si me quiere tanto?—

———
 ¡Porqué! ¿Sabes porqué, vidita mía,
 Paso en absurda cárcel, y escribiendo
 Con tan dudoso resultado, el día,
 Solo ¡sin tí! pudiendo
 Jugar también los dos....? Porqué secreto
 Yo á quien tú crees discreto
 Me niego á tu placer, á tu divina
 Faz que me calma, á tu candor dichoso
 Que me defiende y cura, á tu argentina
 Risa que me hace niño, al bullicioso

Rumor que en torno tuyo se concierta
Cuando entre grata claridad de aurora
Brotó la alegre charla trínadora
Que á tu naciente vida se despierta?
Pues yo te lo diré... mas fuera en vano
y estéril toda esplicacion prolija...
¡Quiero que un día se estremezca ufano
Tu pecho con aliento soberano
Cuando oigas esclamar—;esa es su hija!—
Que, si adoras á un hombre,
Ese orgullo de amar te dé mi nombre
Necesario al amor: que cuando el día
Llegue del triste olvido (calla ¡Gloria!
Eso está muy distante todavía)
Y duerma mi recuerdo en tu memoria,
Por ajenos recuerdos reanimado,
Muerto en tu corazón, viva en tu orgullo,
Amándome al saber cuánto te he amado,
Si lo sabes jamás... Riñeme ahora
Y con molín, y gracias hechiceras,
Sé muy mala conmigo y no me quieras...
¡Qué importa á quien te adora
Que no le ames á él?; cuando rendido
Te idolatra, no aguarda á ser pagado
Para empezar á ser el obligado,
Que amar ¡ténlo entendido!
Aunque un pobre de espíritu se ria,
No es recibir, es dar, querida mia.

(DE EDUARDO PAILLERON.)

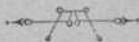
(TRADUCCION)

JUAN ARZADUN.





Crònica local.



Hemos recibido, y leído con gusto, un folleto, titulado «Antecedentes» «Memoria del curso de 1888, y de los Juegos Florales» por el Secretario del Ateneo Científico Literario y Artístico de Vitoria D. Herminio Madinaveitia y Discurso de Clausura» leído por el Presidente del mismo, D. José María Caballero.

Comprenden los «Antecedentes» un resumen detallado de las Conferencias públicas y privadas, dadas, en ese Centro, durante los años anteriores, desde el de 1878, las cuales versaron sobre asuntos diversos, de la índole de los que al Ateneo atañen, algunos de capital importancia y palpitante interés, tomando parte en ellas, los Sres. Socios; D. Antolin Burrieza, D. Julian Apraiz, D. Eulogio Serdan, D. Gabriel Martinez de Aragon, D. Marcial del Busto, D. Victor Gonzalez de Echávarri, D. Santiago Ceberio, D. Eduardo Velasco, D. Vicente Gonzalez Echávarri, D. Fermin Herran, don Ramon Apraiz, D. Domingo Boet, y otros, y en las lecturas

públicas, y veladas celebradas en varias épocas leyeron poesías y otras composiciones, y ejecutaron piezas musicales, los Sres. D. Alejandro Sangrador, D. Cesar Calle, D. Marcial del Busto, D. Herminio Madinaveitia, D. José Ramirez de la Piscina, D. José María de Zabala, D. Dimas Uruñuela, D. Juan Aramburu, D. Isidro Alonso y otros varios.

Contienen tambien la relacion de las Juntas y Presidentes que han regido el Ateneo, desde el año 1878, con multitud de datos y noticias que ilustran la historia del mismo y acreditan la diligencia y exquisito cuidado de su autor, no menos que su competencia para trabajos, tan delicados como árdulos y enojosos. Y les acompañan la expresion de la Junta Directiva del Ateneo, para el año de 1888, la relacion de los ex-Presidentes habidos y la defallecidos y la de Sócios existentes de número, honorarios por nombramiento y honorarios por derecho propio, segun el artículo 25 del Reglamento.

Es la «Memoria» el relato, natural y sencillo, bien que elegante y correcto de los trabajos llevados á cabo, en este centro, en el curso de 1888, no siendo ménos importantes ni de ménos vital interes, los asuntos que se trataron por los Sres; D. José María Caballero, D. Cesáreo de los Mozos, D. Alejandro Sangrador señorita D.^a Concepcion Lopez de Arroyave, D. Julian Apraiz, D. Herminio Madinaveitia, D. Victor de Velasco, D. Ricardo Becerro de Bengoa, D. Gabriel Martinez de Aragon, y varios otros, que sentimos no recordar, en esta ligera reseña.

En la primera época del curso de 1888 verificó el Ateneo cuatro veladas musicales, dos literarias y otras dos literario-musicales. Tomaron parte en las primeras; la Srta. D.^a Concepcion Lopez de Arroyave, y los Sres. Caballero, Ramirez de la Piscina, Calle del Campo, Apraiz (D. Odon) Madinaveitia y D. Tomás Mur. En la primera literario-musical, celebrada en el Ateneo, el dia 7 de Abril, tomaron parte la Srta. de López de Arroyave, señores Campo, Piscina, Apraiz, Gonzalez de Echávarri, y Morantes, en la parte literaria, y en la musical, los Sres. Urrutia, Fresco y Espada, en union de los profesores del Sexteto y de la Banda del Batallon de Cazadores de Madrid, galantemente cedida por el Teniente Coronel Sr. Izquierdo, y dirigida por el inteligente Director de la misma, Sr. Romero Vargas.

La segunda celebrada en el Teatro, fué la más notable. Dedicada á conmemorar el 272.^o aniversario del principe de los ingenios españoles, Miguel de Cervantes Saavedra, tomaron en ella parte el ilustrado cervantista y cervantófilo, D. Julian Apraiz, Srta. de Arroyave en lo literario Srta. D.^a Dolores Comas, Don Agustin Mundet, Sexteto del Sr. Urrutia y música de Madrid, en lo musical, y Srta. de Arroyave, Sres. Mesanza, Perez, Pascual,

Montiel, Avellaneda, García Cid y García Avellaneda, en la dramática que se compuso de dos piezas una de ellas alusiva al objeto de la solemnidad.

Lo árido del asunto no ha sido obstáculo á que el ilustrado Secretario del Ateneo, haya dado á su obra todo el interés y amenidad posibles, prestándole la magia del estilo que distingue al apasionado devoto y penegirista de Heine y de Becquer.

La *Memoria de los Juegos Florales* celebrados por primera vez en Vitoria, por iniciativa del Ateneo, escrita por su Secretario D. Herminio Madinaveitia, contiene una reseña de los trabajos, en verso y en prosa, presentados para optar á los premios del Programa, con un brevisimo juicio crítico de cada uno, hechos con la galanura y correccion que caracterizan á dicho señor.

El folleto termina con *Discurso* del Sr. Caballero, *Higiene de la muger*, notable bajo el punto de vista Científico y el literario, el cual fué leído en la sesion de clausura del curso de 1888.

De la lectura de estos trabajos, hemos deducido que la existencia del Ateneo es cada día más próspera y asegurada, y no concluiremos sin enviar á su Junta y á los Sres. Sócios, nuestras felicitaciones, deseandó continúe en constante progreso, siendo, como siempre el Centro de la ilustracion y del movimiento intelectual de Vitoria.

La prensa de Madrid, la Vasco-Navarra y la de esta Ciudad se han ocupado con encomio, del notabilísimo discurso pronunciado en el Congreso; por nuestro querido amigo y colaborador, don Ricardo Becerro de Bengoa, á propósito de la suspension de la Diputacion Provincial de Madrid. Todos están conformes, en que ha hecho una defensa apologética de nuestra peculiar administracion, y puesto la primera piedra del edificio de su reconquista por las vías legales. Y eso sin ofender ni agraviar á nadie, sin despertar dormidas pasiones ni excitar envidias ni recelos, antes bien, llevando al ánimo de los Diputados el convencimiento de la bondadde nuestras instituciones y de la justicia con que pedimos su restauracion. Hombres políticos, de gran talla y significacion han felicitado al hijo hilustre de Vitoria y nosotros unimos á sus felicitaciones, las nuestras, sinceras y entusiastas, esperando no tardaremos en renovar esta manifestacion de simpatia y gratitud, dada la actividad y buen deseo del Cronista de Vitoria.

Las obras puestas en escena, por la Compañía lírica que actúa en nuestro Teatro, bajo la direccion de D. Enrique Lloret, desde

nuestro último número, han sido las siguientes: «Pepe-Hillo», «El Molinero de Subiza» «Marina» «El Lucero del Alba» «El Postillon de la Rioja» «Música Clásica» «Los Magyares» «La Marseles» «Los Comediantes de Antaño» «El Juramento» y «La Tempestad» obteniendo todas buena interpretacion por los artistas Sras. Castañon, Alvarado, Escobar y Paulús y los Sres. Lloret, Maten, Olmos, Miñano y Rodriguez.

PASCUAL LOPEZ.

